

CHARLES DARWIN

VIAJE
DE UN NATURALISTA
ALREDEDOR DEL
MUNDO

Edición completa. Ampliada con más
de 120 ilustraciones de la época.

Seleccionadas y ordenadas por
JOAQUIN GIL



LIBRERIA EL ATENEO - BUENOS AIRES

TIERRA DEL FUEGO

1. - *Nuestra primera visita a Tierra del Fuego* *Bahía del Buen Suceso. Fueguinos* *(17 de diciembre de 1832)*

DESPUÉS de las notas acerca de la Patagonia y las islas Falkland, voy a describir nuestra primera visita a Tierra del Fuego.

Un poco después de mediodía doblamos el cabo de San Diego y entramos en el famoso estrecho de Lemaire. Seguimos de cerca la costa de Tierra del Fuego; pero, sin embargo, la silueta tormentosa de la inhospitalitaria Tierra de los Estados se muestra a través de las nubes. Por la tarde echamos el ancla en la bahía del Buen Suceso. A nuestra llegada recibimos un saludo digno de los habitantes de esta tierra salvaje. Un grupo de fueguinos, disimulados en parte por la espesa selva, se había situado en la punta de un peñasco que dominaba el mar, y en el momento que pasábamos saludaron agitando sus andrajos y lanzando un alarido largo y sonoro. Los indígenas siguieron al barco y llegada la noche vimos la hoguera que habían encendido y oímos una vez más su grito salvaje. El puerto consiste en una bella balsa de agua rodeada a medias por montañas redondeadas y de poca altitud, de esquisto arcilloso que está recubierto hasta el borde del agua por una espesa selva. Una sola mirada dirigida al paisaje me basta para comprender que voy a ver en aquel lugar cosas completamente diferentes de las que hasta entonces he visto. Durante la noche se alza viento y pronto sopla tempestuoso, pero las montañas nos protegen; de hallarnos en alta mar hubiéramos sufrido bastante; también nosotros, como muchos, podíamos, pues, saludar a esta bahía con el nombre de *bahía del Buen Suceso*.

Al día siguiente, por la mañana, el capitán envía a tierra varios hombres para entablar relaciones con los indígenas. Llegados al alcance de la voz, uno de los cuatro salvajes presentes a nuestro desembarco se adelanta a recibirnos y empieza a gritar tan fuerte como puede, para indicarnos el lugar en que

debemos tomar tierra. Así que desembarcamos, los salvajes parecen alarmarse algo, pero continúan hablando y haciendo gestos con gran rapidez. Es aquél, sin duda, el espectáculo más curioso y más interesante a que jamás haya asistido yo. No me figuraba cuán enorme es la diferencia que separa al hombre salvaje del civilizado, diferencia ciertamente mayor que la que existe entre el animal salvaje y el doméstico; lo cual se explica, por otra parte, por el hecho de que el hombre es susceptible de hacer mayores progresos. Nuestro principal interlocutor, un anciano, parecía ser el jefe de la familia; con él se encontraban tres magníficos jóvenes, muy vigorosos y de una estatura de seis pies, pero se había hecho marchar a las mujeres y a los niños. Esos fueguinos forman un notable contraste con la desgraciada y pequeña raza que habita más al Oeste y parecen ser próximos parientes de los famosos patagones del estrecho de Magallanes. Su único vestido consiste en una especie de capa hecha con la piel de un guanaco, con el pelo al exterior; acostumbra colocarse los vuelos de esa capa sobre los hombros y así su persona se encuentra a menudo tan desnuda como cubierta. Su piel tiene un color rojo cobrizo, pero sucio.

El anciano ostenta en la cabeza una a modo de venda con plumas blancas, la cual retenía en parte sus cabellos negros, hirsutos, que formaban una masa impenetrable. Dos fajas transversales adornaban su rostro; una, pintada de color rojo vivo, se extendía de una a otra oreja, pasando por el labio superior; la otra, blanca como el yeso y paralela a la primera, pasaba a la altura de los ojos y cubría los párpados. Sus compañeros mostraban algo así como adornos en forma de fajas ennegrecidas con carbón. En suma, esa familia se parecía en absoluto a esos diablos que se hacen aparecer en escena en *Der Freischütz* o en otras piezas teatrales análogas.

Su abyección se mostraba hasta en su actitud y se podía leer fácilmente en sus rasgos la sorpresa, el asombro y la inquietud que experimentaban. Sin embargo, así que les hubimos dado trozos de tela encarnada, que ataron inmediatamente alrededor de su cuello, nos hicieron mil demostraciones de amistad. El anciano, para probárnosla, nos acariciaba el pecho mientras hacía oír una especie de cloqueo parecido al que emiten ciertas personas para llamar a los polluelos. Di algunos pasos con el viejo y éste repitió tantas veces en mi persona sus demostraciones de amistad, que acabó dándome al mismo tiempo en el pecho y espalda dos o tres palmadas bastante fuertes. Después se descubrió el pecho para que yo le

hiciera mis cumplimientos, lo que efectué, y esto pareció hacerlo muy dichoso. Desde nuestro punto de vista, el lenguaje de ese pueblo apenas si merece el nombre de *lenguaje articulado*. El capitán Cook lo ha comparado al ruido que haría un hombre al hacer gárgaras; pero, ciertamente, ningún europeo ha dejado oír jamás sonidos tan duros, notas tan guturales al limpiarse la garganta.

Son excelentes mimos. Tan pronto como uno de nosotros tosía, bostezaba o hacía un movimiento algo extraño, lo repetía inmediatamente. Uno de nuestros hombres, para divertirse, se fingió bizco y empezó a hacer gestos; en seguida, uno de los fueguinos, cuyo rostro estaba por completo pintado de negro, excepto una zona blanca a la altura de los ojos, se puso también a hacer gestos, y hay que confesar que eran más horribles que los de nuestro marinero. Repiten muy correctamente todas las palabras de una frase que se les dirige y se acuerdan de ellas durante algún tiempo. Nosotros, europeos, sabemos, sin embargo, cuán difícil es distinguir por separado las palabras de una lengua extranjera. ¿Quién de nosotros, por ejemplo, podría seguir a un indio de América en una frase de más de tres palabras? Todos los salvajes parecen poseer de un modo extraordinario esa facultad de la mímica. Se me ha dicho que los cafres tienen esa misma extraña cualidad; se sabe también que los australianos son célebres por la facultad que tienen de imitar el andar y la manera de sostenerse un hombre determinado, y esto de tan perfecto modo, que inmediatamente se reconoce de quién se trata. ¿Cómo explicar esa facultad? ¿Es una consecuencia de las costumbres de percepción, más a menudo ejercidas por los salvajes? ¿Es el resultado de estar más desarrollados sus sentidos, si se compara a esos pueblos con las naciones ya civilizadas desde hace mucho tiempo?

Uno de nuestros hombres se puso a cantar; creí entonces que los fueguinos iban a desplomarse; tan asombrados estaban. El mismo asombro experimentaron al vernos bailar; pero uno de los indígenas jóvenes se prestó de buen grado a dar unas vueltas de vals. Aunque parecían estar poco acostumbrados a ver europeos, conocían, sin embargo, nuestras armas de fuego, que parecían inspirarles un saludable terror; por nada del mundo querían tocar un fusil. Nos pidieron cuchillos, dándonos el nombre español de *cuchilla*. Al mismo tiempo nos hacían comprender lo que querían, haciendo como si tuvieran en la boca un trozo de grasa de ballena y fingiendo cortarlo en vez de desgarrarlo.

2. - *Quienes eran los fueguinos que llevamos a bordo y que regresaban de Inglaterra.*
Entrevista con los salvajes

No he hablado aún de los fueguinos que teníamos a bordo. Durante el precedente viaje del *Adventure* y del *Beagle*, de 1826 a 1830, el capitán Fitz-Roy tomó como rehenes un cierto número de indígenas, para castigarles por haber robado una embarcación, lo que había causado graves trastornos a una comisión ocupada en sondeos hidrográficos. El capitán condujo a algunos de esos indígenas a Inglaterra, además de un muchacho que compró por un botón de nácar, decidido a darle alguna educación y a enseñarle algunos principios religiosos, todo ello a su costa. Establecer a esos indígenas en su patria había sido uno de los principales motivos que habían conducido de nuevo al capitán Fitz-Roy a Tierra del Fuego, y ya antes de que el Almirantazgo hubiera resuelto preparar esta expedición, el capitán Fitz-Roy había fletado generosamente un navío para devolver los fueguinos a su país. Un misionero, R. Matthews, acompañaba a los indígenas; pero el capitán Fitz-Roy ha publicado un estudio tan completo de tales gentes, que me limitaré a dar algunas cortas referencias. El capitán, en un principio, había llevado a Inglaterra dos hombres, de los cuales uno murió en Europa atacado de viruelas, además de un muchacho y una muchacha; ahora teníamos a bordo a York Minster, Jemmy Button (nombre que se le había dado para recordar el precio que por él se pagó) y Fuegia Basket. York Minster era un hombre de mediana edad, bajo, grueso, muy fuerte; tenía el carácter reservado, taciturno, melancólico y muy violento cuando estaba encolerizado. Quería mucho a ciertas personas de a bordo y su inteligencia estaba bastante desarrollada. A Jemmy Button le quería todo el mundo, aunque también él estaba sujeto a violentos accesos de cólera. Era muy alegre, reía casi siempre y sólo con ver sus facciones se adivinaba su excelente carácter. Experimentaba una profunda simpatía por cualquiera que sufriese; cuando el mar estaba picado, yo era a menudo víctima del mareo; entonces él venía a verme y me decía con voz plañidera: "¡Pobre, pobre hombre!" Pero él había navegado durante tanto tiempo, que a su manera de ver nada había más gracioso que un hombre aquejado del mal de mar; por eso, de ordinario, volvía la cara para ocultar su sonrisa, o una carcajada en ciertos casos, y

después repetía su "¡Pobre, pobre hombre!". Buen patriota, tenía la costumbre de decir todo el bien posible de su tribu y de su país, donde había, según él, y era verdad, "una gran cantidad de árboles"; pero se burlaba de todas las otras tribus. Enfáticamente, declaraba que en su país no había diablo. Jemmy era bajo, grueso y en extremo presuntuoso; iba siempre con guantes, se hacía cortar el cabello y experimentaba un violento pesar si alguien le ensuciaba sus bien lustradas botas. Gustaba mucho de mirarse al espejo, de lo cual pronto se dió cuenta un indio muy alegre de Río Negro, que permaneció a bordo durante algunos meses y tenía la costumbre de mofarse de él. Jemmy, muy celoso de las atenciones que se pudieran tener a aquel muchacho, no le quería en modo alguno y tenía la costumbre de decir, moviendo gravemente la cabeza: "¡Demasiada alegrías!" Cuando recuerdo todas sus buenas cualidades, aun hoy experimento, debo confesarlo, el más profundo asombro al pensar que pertenecía a la misma raza que los salvajes innobles, infectos, que habíamos visto en Tierra del Fuego, y que probablemente tenía el mismo carácter que ellos. Finalmente, Fuegia Basket era una muchacha gentil, modesta, reservada, de facciones bastante agradables, pero que alguna vez se ensombrecían; lo aprendió todo muy pronto, y más que nada las lenguas. Tuvimos la prueba de esa asombrosa facilidad al ver la cantidad de español y de portugués que aprendió en muy poco tiempo en Montevideo y Río de Janeiro, y por lo que ella había llegado a saber inglés. York Minster se mostraba muy celoso por las atenciones que se pudieran tener por ella, y estaba claro que tenía la intención de hacerla su mujer así que estuviera de regreso en su país.

Aunque los tres comprendían y hablaban bastante bien el inglés, era extrañamente difícil saber por su intermedio las costumbres de sus compatriotas. Esto provenía, según creo, en parte de que ofrecía muchas dificultades para ellos el poder comprender la menor alternativa. Cualquiera que esté acostumbrado a los niños sabe cuán difícil es obtener de ellos una respuesta a las más sencillas preguntas: ¿Una cosa es blanca o negra, por ejemplo? La idea de lo negro y la idea de lo blanco parecen ocupar alternativamente su espíritu. Lo mismo sucedía con los fueguinos; también, en la mayor parte de los casos, era imposible saber, interrogándolos de nuevo, si habían entendido bien lo que contestaron primero. Tenían la vista muy penetrante; sabido es que los marinos, debido a su larga práctica, distinguen un objeto mucho antes que un hom-

bre acostumbrado a vivir en tierra; pero York y Jemmy eran, en tal aspecto, superiores en mucho a todos los marinos de a bordo. Muchas veces anunciaban que veían alguna cosa, diciendo de qué se trataba; todo el mundo lo ponía en duda, y sin embargo, el telescopio probaba que aquéllos tenían razón. Poseían ellos la plena conciencia de esa facultad, y por eso, cuando Jemmy tenía alguna pequeña querella con el oficial de cuarto, jamás dejaba de decirle: "¡Mí ver barco, mí no decir!".

Nada más curioso de observar que la conducta de los salvajes hacia Jemmy Button cuando desembarcamos. En seguida notaron la diferencia que había entre él y nosotros, lo que dió lugar a una conversación muy animada entre ellos. Después, el anciano dirigió un largo discurso a Jemmy; al parecer le requería a permanecer allí. Pero Jemmy comprendió muy poco su lengua; y además parecía estar avergonzado de sus compatriotas. Cuando York Minster vino a tierra, también se fijaron inmediatamente en él y le dijeron que debía afeitarse; sin embargo, apenas si tenía veinte pelos microscópicos en el rostro, en tanto que todos nosotros llevábamos barba cerrada. Examinaron el color de su piel y la compararon con la nuestra. Uno de nosotros les mostró su brazo desnudo y se extasiaron con su blancura, lanzando exactamente las mismas exclamaciones de sorpresa y haciendo absolutamente los mismos gestos que había hecho ante mí un orangután en los Zoological Gardens. Por lo que pudimos saber, esos salvajes habían tomado por mujeres nuestras a dos o tres oficiales algo más pequeños y un poco más rubios que los otros, aunque también ostentaban barbas magníficas. Uno de los fueguinos, muy alto, estaba orgulloso de que se admirara su talla. Cuando se le situó espalda contra espalda junto al más alto de nuestros marineros, trató de ponerse en un terreno más elevado o de alzarse sobre la punta de los pies. Abría la boca para enseñarnos sus dientes, se volvía para que pudiera contemplarse de perfil, y hacía todo esto con tal aire de satisfacción de sí mismo, que seguramente se creía el hombre más feliz de Tierra del Fuego. Nuestro primer sentimiento de asombro dió motivo a la diversión que nos procuraron aquellos salvajes, por la expresión de sorpresa que a cada instante se veía pintada en sus facciones y por la mímica a que se dedicaban constantemente.

3. - *Descripción de Tierra del Fuego*

Al día siguiente trato de penetrar a alguna distancia en el interior del país. Tierra del Fuego puede ser descrita en pocas palabras: un país montañoso en parte sumergido, de tal suerte que profundos estrechos y vastas bahías ocupan el lugar de los valles. Una inmensa selva que se extiende desde la cima de las montañas hasta la orilla del agua cubre el flanco de las montañas, con excepción, sin embargo, de la costa occidental. Los árboles crecen hasta una altura de 1000 a 1500 pies sobre el nivel del mar; después viene una zona de turberas, cubierta de plantas alpestres muy pequeñas; luego, finalmente, la línea de nieves eternas, las cuales, según el capitán King, descienden en el estrecho de Magallanes hasta una altitud de 3000 a 4000 pies. Apenas si puede encontrarse en todo el país una sola hectárea de terreno llano. Me acuerdo de no haber visto más que una llanura muy pequeña cerca de Puerto del Hambre y otra algo mayor junto a la bahía de Goeree. En esos dos lugares, como en los otros sitios, por lo demás, recubre el suelo una espesa capa de turba pantanosa. Hasta en el interior de las selvas desaparece el suelo bajo una masa de materias vegetales que se pudren lentamente y que, embebidas constantemente de agua, ceden a la presión del pie.

Pronto se me hace imposible continuar mi camino a través de los bosques; sigo avanzando, pues, a lo largo de un torrente. Al principio, apenas si puedo dar algunos pasos a causa de las cataratas y de los numerosos troncos de árbol caídos que cierran el paso; pero no tarda en ensancharse el cauce del torrente, pues las avenidas habían limpiado sus orillas. Avanzo lentamente durante una hora siguiendo las orillas rugosas y desgarradas del torrente, pero la grandeza y la belleza del espectáculo compensan bien pronto todas las fatigas. La sombría profundidad del barranco concuerda bien con las pruebas de violencia que se ven por todas partes. A cada lado se divisan masas irregulares de peñascos y árboles desarraigados; otros árboles, erguidos aún, están podridos, hasta el corazón y a punto de caer. Esa confusa masa de árboles en buen estado y de árboles muertos me recuerda las selvas tropicales, y sin embargo hay una profunda diferencia; en estas tristes soledades que visito actualmente, la muerte, en vez de la vida, parece reinar como soberana. Continúo mi marcha a lo largo del torrente hasta un lugar en que un gran atierre

ha desgarrado un espacio bastante considerable en el flanco de la montaña; a partir de allí, la ascensión se hace menos fatigosa y pronto llegó a una gran elevación para poder examinar a mi placer los bosques de los alrededores. Los árboles pertenecen a la misma especie: el *Fagus betuloides*; además, hay un pequeñísimo número de otras especies de *Fagus*. Esta haya conserva sus hojas durante todo el año, pero su follaje presenta un color verde pardusco ligeramente teñido de amarillo, muy particular. El paisaje entero ofrece ese matiz; de ahí su aspecto sombrío y melancólico. Por otra parte, es muy raro que los rayos del Sol lo alegren un poco.

4. - *La misteriosa grandeza de las montañas
y las selvas de Tierra del Fuego
(20 de diciembre)*

Una colina de unos 1.500 pies de altitud forma uno de los lados de la bahía en que nos encontramos. El capitán Fitz-Roy, por sí mismo, le da el nombre de *Bahía de Sir J. Banks* en recuerdo de la desgraciada excursión que costó la vida a dos hombres de su tripulación y de la que pensó no regresar el doctor Solander. La tempestad de nieve, causa de su infortunio, se desencadenó a mediados de enero, que corresponde a nuestro mes de julio, ¡y eso en la latitud de Durham! Yo deseaba mucho alcanzar la cima de esa montaña para conseguir plantas alpestres, porque en las tierras bajas hay pocas flores, de cualquier clase que sean. Seguimos hasta donde nace el torrente que ya había recorrido yo el día anterior, y a partir de ese punto nos vimos obligados a abrírnos paso a través de los árboles. A consecuencia de la altitud en que crecen y de los impetuosos vientos que reinan en aquellas alturas, esos árboles son espesos, achaparrados y torcidos en todo sentido. Llegamos al fin a un lugar que desde abajo habíamos creído terreno cubierto de una bella alfombra de césped verde; pero desgraciadamente nos hallamos con una masa compacta de pequeños abedules de 4 ó 5 pies de altura. Están verdaderamente tan espesos como los setos en nuestros jardines, y ante la imposibilidad de abrírnos un camino a través de aquellos árboles, nos vimos obligados a marchar por el exterior. Después de muchas fatigas llegamos al fin a la región turbosa y un poco más lejos al peñasco desnudo.

Una estrecha meseta une esta montaña a otra, distante de la primera algunas millas; esta montaña es más elevada, y lo prueba el que, en parte, se halla cubierta de nieve. Como aun

es temprano, nos decidimos a dirigirnos allí herborizando de paso. Y ya estamos a punto de renunciar a nuestra excursión, tan difícil es el camino, cuando encontramos un sendero muy derecho y muy bien apisonado, trazado por los guanacos; estos animales, en efecto, lo mismo que los carneros en ocasiones, se dirigen en fila. Llegamos a la colina, la más elevada de todas las que se encuentran en los inmediatos alrededores; las aguas que de ella provienen se dirigen hacia el mar en otra dirección. Disfrutamos desde allí de una magnífica vista del país que nos rodea; al Norte se extiende un terreno pantanoso, pero al Sur vemos una escena salvaje y magnífica muy digna de Tierra del Fuego. ¡Qué misteriosa grandeza en estas montañas que se levantan unas tras otras dejando entre ellas profundos valles, montañas y valles recubiertos por una sombría masa de selvas impenetrables! En este clima, donde las tempestades se suceden casi sin interrupción, con acompañamiento de lluvia, granizo y nieve, la atmósfera parece más sombría que en todas partes. Puede juzgarse admirablemente de tal efecto, cuando en el estrecho de Magallanes se mira hacia el Sur; vistos desde aquel lugar, los numerosos canales que se hunden en la tierra, entre las montañas, revisten matices tan sombríos que parecen conducir fuera de los límites de este mundo.

5. - *El Cabo de Hornos. Abra Wigwam*
(21 de diciembre)

El *Beagle* se hace a la vela. Al día siguiente, gracias a una excelente brisa del Este, nos aproximamos a los Barnevelts. Pasamos ante las inmensas rocas que forman el cabo Deceit y, hacia las tres, doblamos el cabo de Hornos, azotado por las tempestades. El atardecer se presenta admirablemente tranquilo, y podemos gozar del magnífico espectáculo que ofrecen las islas vecinas. Pero el cabo de Hornos parece exigir que le paguemos su tributo, y antes de que cierre la noche nos envía una terrible tempestad que sopla precisamente frente a nosotros. Debemos, pues, ganar alta mar y, al día siguiente, al aproximarnos de nuevo a tierra percibimos ese famoso promontorio, pero esta vez con todos los caracteres que le convienen, es decir, envuelto de neblina y rodeado de un verdadero huracán de viento y agua. Inmensas nubes negras oscurecen el cielo, y las rachas de viento y el granizo nos asedian con violencia tan extremada, que el capitán se decide a ganar, si puede, el abra Wigwan. Es éste un excelente puertecito situado a poca distancia del cabo de Hornos, y logramos echar el an-

cla en él, con un mar muy tranquilo, la misma víspera de Navidad. Alguna racha de viento, que descende de las montañas y hace saltar al navío sobre sus anclas, nos recuerda de vez en cuando la tempestad que reina fuera de aquel excelente refugio.

6. - *Misera condición de los fueguinos*
(25 de diciembre)

Muy cercana al puerto, se eleva hasta 1.700 pies una colina denominada Pico de Kater. Todas las islas de alrededor consisten en masas cónicas de asperón verde mezclado algunas veces a colinas menos regulares de esquisto arcilloso que ha sufrido la acción del fuego. Puede ser considerada esta parte de Tierra del Fuego como el extremo sumergido de la cadena de montañas a la que ya hice alusión. Ese nombre de "Wigwam" proviene de algunas chozas fueguinas que rodean el puerto; pero con igual razón hubiera podido aplicarse tal nombre a todas las bahías vecinas. Los habitantes se alimentan principalmente de moluscos, por lo cual deben cambiar de continuo de residencia; pero con ciertos intervalos regresan a vivir en los mismos lugares, prueba de lo cual son los montones de conchas antiguas, montones que pesan en ocasiones muchas toneladas. Pueden distinguirse éstos a una gran distancia, a consecuencia del color verde oscuro de ciertas plantas que los recubren invariablemente. En el número de estas plantas puede citarse el apio silvestre y la coclearia, dos plantas verdaderamente útiles, pero de las que los indígenas no han descubierto aún las cualidades.

El *wigwam* fueguino se parece en absoluto por su forma a un montón de heno. Consiste sencillamente en algunas ramas rotas fijas en tierra y cuyos intersticios están imperfectamente tapados por un lado con algunas matas de hierba y ramaje. Tales *wigwams* representan apenas el trabajo de una hora; por lo demás, los indígenas no se sirven de ellos sino durante pocos días. He visto en la bahía de Goeree un lugar donde uno de esos hombre había pasado la noche, y que ciertamente no ofrecía más abrigo que la cama de una liebre. Ese hombre vivía evidentemente solo; York Minster me dijo que debía ser algún mal hombre que habría robado alguna cosa. En la costa occidental, los *wigwams* son sin embargo algo más cómodos, estando como están casi todos recubiertos con pieles de foca. El mal tiempo nos retiene allí durante algunos días. El clima es detestable; estamos en el solsticio de verano, y todos los

días nieva en las colinas; y cada día, en los valles, llueve y graniza. El termómetro marca alrededor de 45° Fahrenheit (7°2 centígrados); pero, durante la noche, desciende hasta los 38 ó 40 grados (3'3 a 4'4 grados C.). Por otra parte, se cree que el tiempo es peor de lo que en realidad es, a causa del estado húmedo y tempestuoso de la atmósfera, que rara vez alegra un rayo de sol.

Un día nos dirigimos a tierra cerca de la isla de Wollaston, y encontramos una canoa tripulada por seis fueguinos. Jamás había visto yo, verdaderamente, seres más abyectos ni más miserables. En la costa oriental, los indígenas, como ya he dicho, usan capas de piel de guanaco, y en la costa occidental se cubren con pieles de foca; pero en esas tribus centrales, los hombres no llevan más que una piel de nutria o un trozo de otra piel cualquiera, grande poco más o menos como un pañuelo de bolsillo y apenas suficiente para cubrirles la espalda hasta los riñones. Ese trozo de piel va atado sobre el pecho con cordeles, y lo hacen pasar de un lado a otro de su cuerpo según de donde sopla el viento. Pero los fueguinos que se encontraban en la canoa de que acabo de hablar iban completamente desnudos, incluso una mujer, en la fuerza de la edad, que se encontraba entre ellos. La lluvia caía a torrentes y el agua dulce, mezclándose a la espuma del mar, corría sobre el cuerpo de la mujer. En otra bahía, a corta distancia, una mujer que amamantaba a un niño recién nacido, se acercó cierto día al navío; ¡sólo la curiosidad la retuvo allí muchísimo tiempo, a pesar de que la nieve caía sobre su pecho desnudo y sobre el cuerpo de su *baby*! Esos desdichados salvajes tienen la talla escasa, el rostro repugnante y cubierto de pintura blanca, la piel sucia y grasienta, los cabellos enmarañados, la voz discordante y los gestos violentos. Cuando se ve a tales hombres, apenas puede creerse que sean seres humanos, habitantes del mismo mundo que nosotros. A menudo se pregunta uno qué atractivos puede ofrecer la vida a algunos de los animales inferiores; ¡la misma pregunta podría hacerse, y aun con mayor razón, respecto a tales salvajes! Por la noche, cinco o seis de esos seres humanos, desnudos, apenas protegidos contra el viento y la lluvia de este terrible país, duermen en el suelo húmedo, apretados los unos contra los otros y replegados sobre sí mismos como animales. Durante la marea baja, sea invierno o verano, de noche o de día, les hace falta levantarse para ir en busca de moluscos sobre las rocas; las mujeres bucean para procurarse huevos de mar o permanecen pacientemente sentadas horas enteras en su canoa hasta que han po-

dido atrapar, con sedales sin anzuelo, algunos pececillos. Si se logra dar muerte a una foca, si es descubierto el cadáver semi-podrido de una ballena, eso es la señal de un gran festín. Se hartan entonces de ese innoble alimento y, para completar la fiesta, comen algunas bayas o algunas setas que no tienen gusto alguno.

7.-Hambre. Caníbales. Matricidio. Sentimientos religiosos

Los fueguinos sufren hambre a menudo. Mr. Low, capitán de un navío dedicado a la pesca de focas y que conoce perfectamente a los habitantes de este país, me ha dado curiosos detalles acerca de ciento cincuenta de entre ellos que viven en la costa occidental. Estaban horriblemente flacos y sufrían mucho. Una serie de tempestades había impedido a las mujeres ir a recoger moluscos en las rocas, y tampoco les había sido posible lanzar sus canoas al mar para ir a pescar focas. Algunos de ellos partieron una mañana "para efectuar un viaje de cuatro días —dijeron los otros indios a Mr. Low— a fin de procurarse víveres". A su regreso, el capitán fué a su encuentro; estaban en extremo fatigados y cada hombre iba cargado con un gran trozo de carne de ballena podrida; para poder cargar con él más fácilmente, habían abierto un agujero en el centro de cada pedazo y habían pasado por él la cabeza, exactamente como los gauchos llevan sus ponchos. Así que llevaban esa carne podrida a un *wigwam*, un anciano la cortaba en delgadas tiras, que ponía al calor durante un instante, musitando algunas palabras, y después las distribuía a la familia hambrienta que, durante todos esos preparativos, guardaba profundo silencio. Mr. Low cree que, cada vez que una ballena encalla en la costa, los indígenas entierran grandes trozos de ella en la arena, como recurso para tiempo de hambre; un joven indígena que llevábamos a bordo descubrió un día una de esas reservas. Cuando las diferentes tribus guerrean se convierten en caníbales. A creer el testimonio independiente de un muchacho interrogado por Mr. Low y el de Jemmy Button, es una verdad que cuando se ven apremiados vivamente por el hambre en invierno, se comen a las mujeres viejas antes de comerse a sus perros; y cuando Mr. Low preguntó al muchacho el porqué de esa preferencia, éste respondió: "Los perros atrapan a las nutrias y las mujeres viejas no". Ese mismo muchacho contó en seguida cómo se hace para matarlas: sosteniéndolas sobre el humo hasta que quedan as-



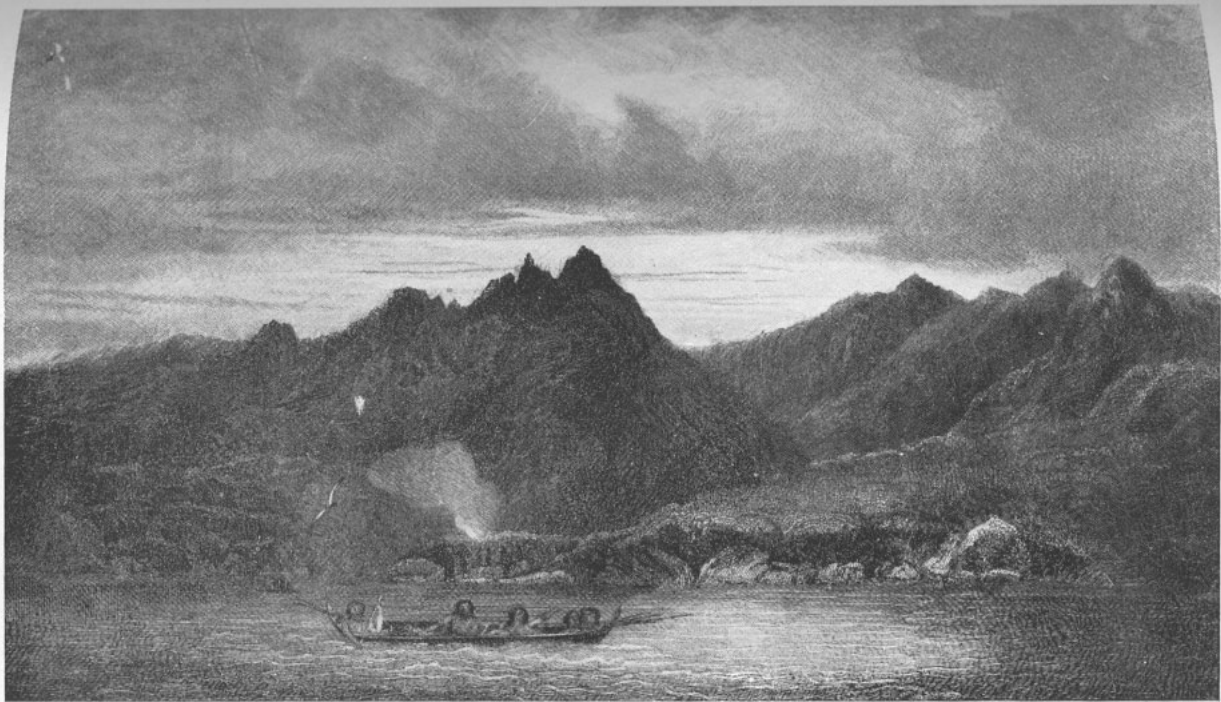
52. — Estrecho de Murray —Canal de Beagle— (pág. 268).



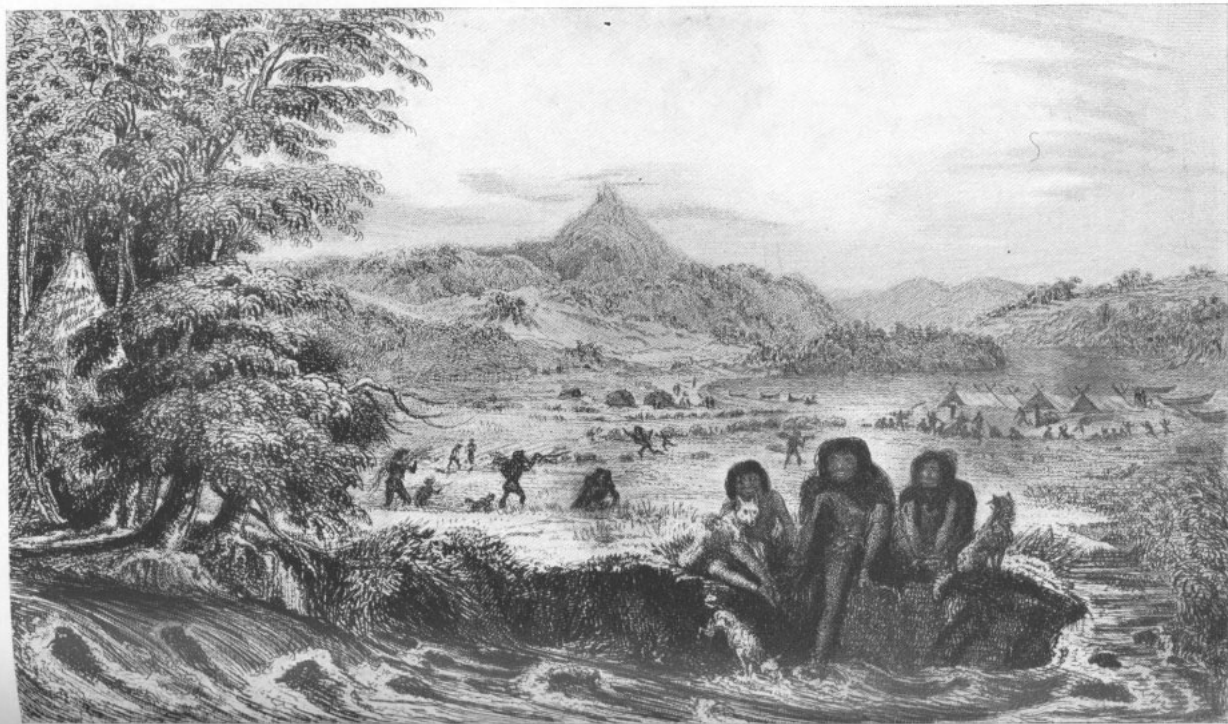
53. — Caleta en el canal de Beagle. (*Dibujos del natural por C. Martens del "Beagle"*).



54.—Fueguinos yendo a traficar con los patagones. (*Dibujo del natural por el Capitán R. Fitz Roy*).



55. — Costa Noroeste de la isla Wollaston cerca del Cabo de Hornos, (pág. 263). (*Dibujo del natural por C. Martens del "Beagle"*).



56. — Woollya. (Pág. 277). (Dibujo del natural por el Capitán R. Fitz Roy).

fixiadas; y mientras describía ese suplicio, imitaba riendo los gritos de las víctimas e indicaba las partes del cuerpo que eran consideradas como las mejores. Por horrible que pueda ser una muerte infligida por mano de parientes y amigos, aun es más horrible pensar en los temores que deben asaltar a las mujeres viejas cuando el hambre empieza a dejarse sentir. Se nos ha referido que entonces se fugan internándose en las montañas, pero los hombres las persiguen y las conduce al *mata-dero*, ¡su propio hogar!

El capitán Fitz-Roy jamás ha podido llegar a saber si los fueguinos creen en otra vida. Algunas veces entierran a sus muertos en cavernas y otras en las montañas; pero no hemos podido saber cuáles son las ceremonias que acompañan al entierro. Jemmy Button no quería comer pájaros, porque se alimentan de *hombres muertos*; los indígenas incluso no hablan de sus difuntos por temor. No teníamos razón para creer que cumplieran ninguna ceremonia religiosa; sin embargo, quizá las palabras musitadas por el viejo antes de distribuir la ballena podrida entre la familia hambrienta, vinieran a ser como una plegaria. Cada familia o tribu tiene su hechicero, pero nunca pudimos deducir claramente cuáles eran sus funciones. Jemmy creía en los sueños; pero, como ya dije, no creía en el diablo. Sin embargo, no creo que los fueguinos sean mucho más supersticiosos que algunos de nuestros marinos, porque un viejo contramaestre creía firmemente que las terribles tempestades que nos asaltaron cerca del cabo de Hornos eran debidas a tener a bordo fueguinos.

Lo que oí en Tierra del Fuego que se pareciera más a un sentimiento religioso fué una palabra que dijo York Minster en momentos en que Mr. Bynoe dió muerte a algunos ánares que quería conservar como muestras. York Minster exclamó entonces en tono solemne: “¡Oh! Mr. Bynoe, mucho llover, mucha nieve, mucho viento.” Hacía alusión evidentemente a algún castigo porque había desperdiciado alimentos que podían servir para nutrirse los seres humanos. En esta ocasión nos refirió, con palabras entrecortadas y salvajes y con gestos violentos, que un día su hermano regresaba a la costa para recoger unos pájaros que había matado antes y dejado allí, cuando vió plumas llevadas por el viento. Su hermano se dijo (y York imitó la voz de su hermano): “¿Qué es eso?”. Luego avanzó arrastrándose miró por encima del acantilado y vió a un *salvaje* que recogía los pájaros; entonces se acercó un poco más, arrojó al hombre una gran piedra y lo mató. York agregó que, durante mucho tiempo a partir de aquel hecho, hubo te-

ribles tempestades acompañadas de lluvia y de nieve. Por lo que pudimos comprender, parecía considerar a los elementos en sí mismos como agentes vengadores; si es así, es evidente que, a tratarse de otra raza más civilizada, pronto hubieran deificado a los elementos. ¿Qué significa *hombres salvajes* y *malvados*? Esto me ha parecido siempre misterioso; según lo que York me había dicho cuando encontramos el lugar semejante a una cama de liebre donde un hombre solo había pasado la noche, yo había creído que esos hombres eran ladrones obligados a dejar su tribu; pero otras palabras obscuras me hicieron dudar de tal explicación, y he llegado casi a deducir que los que ellos llaman *hombres salvajes* son los locos.

Las diferentes tribus no tienen ni gobierno ni jefe. Cada una de ellas está rodeada por otras tribus hostiles, que hablan dialectos diferentes. Están separadas unas de otras por un territorio neutral que se halla por completo desierto; la causa principal de sus guerras perpetuas parece ser la dificultad que experimentan para procurarse alimentos. El país entero no es más que una enorme masa de peñascos, de elevadas colinas, de selvas inútiles, todo ello envuelto en nieblas perpetuas y atormentado por incesantes tempestades. Lo que pudiera llamarse tierra habitable se compone únicamente de las piedras del río. Para encontrar sus alimentos, se ven obligados a andar errantes de continuo de un sitio a otro, y la costa es tan escarpada que no pueden cambiar de lugares sino por medio de sus miserables canoas. No pueden conocer las dulzuras del hogar doméstico y aun menos las del amor conyugal, porque el hombre no es sino el dueño brutal de su mujer, o más bien, de su esclava. ¿Qué acto más horrible ha sido jamás llevado a cabo que aquel de que Byron fué testigo en la costa occidental? ¡Éste vió a una desgraciada madre retirar el cadáver sangriento de su hijo, a quien el marido había estrellado contra las rocas, porque el niño había volcado un canastillo lleno de huevos de mar! Por otra parte, ¿qué hay en su existencia que pueda poner en juego las facultades intelectuales elevadas? ¿Qué necesidad tienen ellos de imaginación, de razón o de juicio? En efecto, no tienen que imaginar, comparar o decidir nada. Para arrancar de la roca un molusco no hay ni siquiera necesidad de emplear la astucia, la más ínfima facultad del espíritu. En cierto modo, pueden compararse sus escasas facultades al instinto de los animales, ya que, efectivamente, esas facultades no se aprovechan de la experiencia. La canoa, la más ingeniosa de sus creaciones, continúa siendo primitiva, no ha hecho ningún progreso durante los últimos doscientos cin-

cuenta años; para convencernos de ello no tenemos más que abrir los relatos de viaje de Drake.

Cuando se ve a esos salvajes, la primera pregunta que uno se hace es: ¿de dónde provienen? ¿Qué es lo que puede haber decidido, qué ha podido obligar a una tribu de hombres a abandonar las bellas regiones del Norte, a seguir la Cordillera, esa espina dorsal de América; a inventar y a construir canoas que no emplean ni las tribus de Chile, ni las del Perú, ni las del Brasil, y, finalmente, a ir a poblar uno de los países más inhospitalarios del mundo? Aunque esas reflexiones acudan en el primer momento a la imaginación, puede tenerse la seguridad de que la mayor parte de ellas no tienen fundamento. No hay ninguna razón para creer que el número de los fueguinos disminuya; debemos suponer, pues, que disfrutan de una cierta dosis de felicidad; luego, cualquiera que sea ésta, es suficiente para que sientan apego a la vida. La Naturaleza, haciendo omnipotente la costumbre, y hereditarios sus efectos, ha habituado al fueguino al clima y a las producciones de su miserable país.

8. - *Terrible tempestad*

Después de haber pasado seis días en la bahía de Wigwam, retenidos por el mal tiempo, salimos al mar el 30 de diciembre. El capitán deseaba abordar en la costa oeste de Tierra del Fuego para desembarcar a York y Fuegia en su propio país; pero, así que nos hallamos en alta mar, nos vemos asaltados por una sucesión de tempestades; además, la corriente está en contra nuestra, y nos arrastra hasta los 57° 23' de latitud Sur. El 11 de enero de 1833, forzando velas, llegamos a algunas millas de la gran montaña recortada a la que el capitán Cook diera el nombre de York Minster (origen del de nuestro fueguino); pero una violenta tempestad nos obliga a amainar velas y a volver a alta mar. Las olas rompen con furia en la costa y la espuma pasa por encima de un acantilado que tiene más de 200 pies de altura. El 12, la tempestad redobla su furor y ya no sabemos con exactitud dónde nos hallamos. Era muy poco agradable oír repetir constantemente el grito del comandante: "¡Atención a sotavento!". El 13, la tempestad alcanza su máximo de intensidad; nuestro horizonte se encuentra considerablemente disminuído por las nubes de espuma que levanta el viento. El mar tiene un aspecto terrible; parece una inmensa llanura oscilante, cubierta aquí y allá de nieve. Mientras que nuestro navío lucha tenazmente, los

albatros, con las alas extendidas, parecen jugar con el viento. A mediodía, una ola inmensa viene a romper sobre nosotros y llena una de las balleneras, que nos vemos obligados a arrojar inmediatamente al mar. El pobre *Beagle* se estremece bajo el choque y durante algunos instantes rehusa obedecer al gubernalle; pero muy pronto, como un valiente barco que es, se yergue y presenta su proa al viento. Si una segunda ola hubiera seguido a la primera, se hubiese apoderado de nosotros en un instante. Desde hace veinticuatro días luchamos por ganar la costa occidental; los hombres están agotados de fatiga, y hace días que no hay ni un traje seco para mudarse. El capitán Fitz-Roy abandona, pues, el proyecto de abordar en el Oeste contorneando a Tierra del Fuego. Por la noche vamos a refugiarnos detrás del cabo de Hornos y echamos anclas en un fondo de 47 brazas; la cadena, al desarrollarse en el cabrestante, hace saltar verdaderos chispazos. ¡Cuán deliciosa es una noche tranquila cuando durante tan largo tiempo se ha sido el juguete de los enfurecidos elementos!

9.- *Con tres balleneras y una yola, penetramos en el canal de Beagle (15 de enero de 1833)*

El *Beagle* echa el ancla en la bahía de Goeree. El capitán Fitz-Roy resuelve desembarcar a los fueguinos en el estrecho de Ponsonby, cosa que ellos desean, y hace equipar cuatro embarcaciones para conducirlos por el canal de Beagle. Este canal, descubierto por el capitán durante su precedente viaje, constituye un notable carácter de la geografía de este país, y hasta pudiera decirse de todos los países. Puede ser comparado al valle de Lochness, en Escocia, con su cadena de lagos y de bahías. El canal de Beagle tiene unas 120 millas de largo, con una anchura media, que varía muy poco, de unas 2 millas. Es casi todo él perfectamente recto, tanto que la vista, limitada a cada lado por una línea de montañas, se pierde en lontananza. Ese canal atraviesa la parte meridional de Tierra del Fuego, en dirección de Este a Oeste; hacia el medio, un canal irregular, denominado *Estrecho de Ponsonby*, se le reúne formando un ángulo recto con él. Allí es donde vive la familia de Jemmy Button.

10.- *Fueguinos hostiles (19 de enero)*

Tres balleneras y la yola, tripuladas por veinticuatro hombres, parten al mando del capitán Fitz-Roy. Por la tarde penetramos en la embocadura oriental del canal, y poco después

encontramos una encantadora aunque pequeña bahía, oculta por algunos islotes que la rodean. En aquel lugar levantamos nuestras tiendas y encendemos hogueras. Nada más delicioso que esa escena. El agua de la pequeña bahía, como un espejo; las ramas de los árboles colgando por encima de los bordes de las rocas, los botes anclados, las tiendas sostenidas por los remos, el humo elevándose en copos por encima de la selva, todo está impregnado de la más perfecta calma. Al siguiente día, 20, nuestra flotilla se desliza con toda tranquilidad y entramos en un distrito más habitado. Un escaso número de indígenas, ninguno de ellos quizá, había visto a un hombre blanco; pero en todo caso es imposible de pintar el asombro que experimentaron a la vista de nuestros barcos. En todas partes ardían hogueras (de ahí el nombre de Tierra del Fuego), para atraer nuestra atención y extender a lo lejos la nueva de un suceso extraordinario. Algunos indígenas nos siguieron durante muchas millas corriendo a lo largo de la costa. No olvidaré jamás la impresión que me causó el aspecto de uno de esos grupos de salvajes: cuatro o cinco hombres aparecieron de pronto en la cumbre de una roca que caía a pico sobre el agua; desnudos por completo, con sus largos cabellos sueltos, tenían en las manos rústicos bastones; saltaban sobre el suelo, y levantaban los brazos en alto haciendo las más grotescas contorsiones y lanzando los alaridos más espantosos.

Hacia la hora de la comida, desembarcamos en medio de un grupo de fueguinos. Al principio mostraron disposiciones hostiles, porque conservaban su honda en la mano, hasta que el capitán Fitz-Roy hizo avanzar tan sólo su bote dejando los otros atrás. Pero bien pronto somos buenos amigos; les hacemos algunos regalos y nada les gusta tanto como una cinta roja que les atamos alrededor de la cabeza. Gustan de nuestra galleta; pero uno de los salvajes toca con la punta del dedo la carne en conserva que me disponía a comer y, al notar que era blanda, muestra tanta repugnancia como la que hubiera podido sentir yo por un trozo de ballena podrida. Jemmy se muestra avergonzado de sus compatriotas y declara que su tribu es del todo distinta; se equivocaba terriblemente el pobre muchacho. Es tan fácil compadecer a esos salvajes como es difícil satisfacerles. Jóvenes y viejos, hombres y niños, no cesan de repetir la palabra *yammerschooner*, que significa "dámelo". Luego de haber indicado uno después de otro casi todos los objetos, hasta los botones de nuestros vestidos, repitiendo su palabra favorita en todos los tonos posibles, acaban por emplearla dándole un sentido neutro y se alejan

repitiendo: ¡*Yammerschooner!* Después de haber “yammerschunerado” con pasión, aunque en vano, por todo cuanto ven, recurren a un sencillo artificio e indican a sus mujeres e hijos, como si quisieran decir: “Si no queréis darme lo que os pido, seguramente que a esos no se lo negaréis”.

Llegada la noche, tratamos en vano de hallar un ansa deshabitada, y al fin nos vemos obligados a vivaquear a poca distancia de un grupo de indígenas. Muy inofensivos mientras fueron en corto número, al día siguiente, 21, por la mañana, reunidos con otros recién llegados, notamos síntomas de hostilidad que nos hacen temer que habremos de entablar la lucha. Un europeo tiene grandes desventajas cuando se encuentra en presencia de salvajes que no tienen la menor idea de la potencia de las armas de fuego. El mismo movimiento que se ve obligado a hacer para echarse el arma a la cara, a los ojos del salvaje le hace inferior en mucho a un hombre armado de arco y flechas, de una lanza o hasta de una honda. Por otra parte, es casi imposible darles pruebas de nuestra superioridad sin descargar un golpe mortal. Lo mismo que los animales salvajes, no parecen inquietarse por el número; porque cada uno de ellos, en vez de retirarse si le atacáis, trata de romperos la cabeza con una piedra, de igual modo que un tigre procuraría haceros pedazos en circunstancias análogas. Una vez, el capitán Fitz-Roy, estrechado muy de cerca, quiso asustar a algunos de estos salvajes; empezó por sacar el sable para amenazarles, y ellos se echaron a reír. Entonces descargó por dos veces su pistolete a poca distancia de la cabeza de un indígena. Este pareció asombrarse mucho y se frotó la cabeza con cuidado; después se puso a hablar con sus compañeros con la mayor vivacidad, pero no pensó en huir.

Es muy difícil ponernos en el lugar de esos salvajes y comprender el móvil de sus acciones. En el caso que acabo de referir, ese fueguino no hubiera podido imaginarse ciertamente lo que podría ser el ruido de un arma de fuego descargada tan cerca de sus oídos. Durante un segundo quizá, no dándose exacta cuenta de lo que acaba de ocurrir, no sabiendo si era un ruido o un golpe, se frotó la cabeza con la mayor naturalidad. Asimismo, cuando un salvaje ve un objeto herido por una bala, ha de pasar algún tiempo antes de que él pueda comprender cuál es la causa de tal efecto; el hecho de un cuerpo hecho invisible en virtud de su velocidad debe de ser para él, además, algo absolutamente incomprensible. La fuerza excesiva de una bala que la ha hecho penetrar en un cuerpo duro sin desgarrarlo, puede hacer que el salvaje crea que esa bala

no tiene la menor fuerza. Creo con visos de certeza que muchos salvajes, tales como los que viven en Tierra del Fuego, han visto muchos objetos alcanzados por una bala, hasta animales muertos así, sin darse cuenta de la potencia terrible del fusil.

11. - *Construimos "vigwams" para los fueguinos que llevábamos a bordo (22 de enero)*

Después de haber pasado una noche tranquila en lo que parece constituir un territorio neutral entre la tribu de Jemmy y el pueblo que vimos ayer, continuamos nuestro agradable viaje. Nada prueba más claramente el grado de hostilidad que reina entre las diferentes tribus que esos amplios territorios neutrales. Aunque Jemmy conocía, lo bastante para no engañarse, la fuerza de nuestra tropa, al principio le repugnaba mucho desembarcar en medio de aquella tribu hostil tan próxima a la suya. A menudo nos refirió que los salvajes *oens* atraviesan las montañas "cuando la hoja está roja" para venir a atacar desde la costa oriental de Tierra del Fuego a los indígenas de esta parte del país. Era muy curioso observarle cuando hablaba así, porque entonces brillaban sus ojos y su rostro tomaba una salvaje expresión. A medida que nos internamos en el canal de Beagle, el paisaje adquiere un aspecto magnífico y muy particular; pero una gran parte del efecto de conjunto se nos escapa, porque estamos situados demasiado bajo para ver la sucesión de cadenas de montañas y nuestra vista no se extiende sino sobre el valle. Las montañas alcanzan aquí unos 3.000 pies de altitud y terminan por cimas agudas y recortadas. Se elevan en pendiente ininterrumpida desde la orilla del agua, y una sombría selva las recubre por entero hasta 1.400 ó 1.500 pies de altitud. Tan lejos como alcanza nuestra vista, vemos la línea perfectamente horizontal en la que los árboles dejan de crecer, lo cual constituye un espectáculo muy curioso. Esa línea se parece en absoluto a la que deja la marea alta cuando deposita plantas marinas en la costa.

Pasamos la noche cerca del punto de unión del estrecho de Ponsonby con el canal de Beagle. Una corta familia de fueguinos, tranquilos e inofensivos, viven en la pequeña ansa en que hemos desembarcado; pronto vienen a reunírse nos en torno al fuego. Todos estamos bien abrigados, y aunque nos hallamos muy cerca de la hoguera, estamos lejos de sentir demasiado calor; sin embargo, esos salvajes, desnudos por completo, mucho más alejados que nosotros de la hoguera, sudan

a chorros, con gran sorpresa nuestra, lo confieso. Sea por lo que fuere, parecían estar muy contentos de encontrarse junto a nosotros, y repetían a coro el refrán de una canción de marineros; pero iban siempre un poco retrasados, lo que producía un efecto muy extraño.

La nueva de nuestra llegada se había extendido durante la noche; así, al siguiente día, 23, muy temprano, llegó toda una banda de Tekenika, tribu a la que pertenecía Jemmy. Muchos habían corrido tan de prisa que sangraban por la nariz, y hablaban con tanta rapidez que acababan por tener la boca llena de espuma; su cuerpo desnudo, todo él pintarrajeado de negro, de blanco ⁽¹⁾ y de rojo, les hacía parecer a otros tantos demonios después de una violenta lucha. Entonces partimos, acompañados por doce canoas que contenían cada una cuatro o cinco indígenas, para proseguir navegando por el estrecho de Ponsonby, hasta el lugar donde el pobre Jemmy esperaba encontrar a su madre y a sus parientes. Se había enterado ya de la muerte de su padre; pero como había tenido “un sueño en su cabeza” a tal respecto, esa noticia no pareció causarle gran impresión, y se consoló haciendo en alta voz esta reflexión muy natural: “En eso nada puedo hacer”. No pudo enterarse de pormenor alguno respecto a esa muerte, porque sus parientes evitaban hablar de ello.

Jemmy se encontraba entonces en un distrito que él conocía bien; y por eso pudo guiar los botes hasta una encantadora y pequeña ansa muy tranquila, rodeada de islotes que son designados por los indígenas con nombres diferentes para cada uno. Allí encontramos a una familia perteneciente a la tribu de Jemmy, pero no parientes suyos; pronto estuvimos unidos por lazos amistosos, y por la noche fué enviada una canoa para avisar a los hermanos y a la madre de Jemmy de la llegada de éste. Algunos acres de tierra buena, en pendiente,

(1) La substancia empleada para esa pintura blanca es, cuando está seca, bastante compacta y tiene una débil gravedad específica. El profesor Ehrenberg la ha examinado y encontró (*Kon. Akad. der Wissench.*, Berlín, febrero de 1845) que está compuesta de infusorios, esto es, de catorce *polygastrica* y cuatro *phytolitharia*, añadiendo que todos son de agua dulce. Es ese un magnífico ejemplo de los resultados que pueden obtenerse por medio de las investigaciones microscópicas del profesor Ehrenberg, porque Jemmy Button me aseguró que se hallaba siempre ese blanco en el lecho de los torrentes de las montañas. Además, es un hecho sorprendente, relativo a la distribución de los infusorios, que todas las especies que componen esa substancia traída de la extrema punta meridional de Tierra del Fuego pertenezcan a formas antiguas y conocidas.

que no estaba recubierta, como lo demás por la turba o por la selva, rodeaba esta ansa. El capitán Fitz-Roy tenía al principio la intención, como ya dije, de conducir a York Minster y a Fuegia a su tribu, en la costa occidental; pero éstos expresaron el deseo de quedarse en aquel lugar, que era singularmente favorable, y el capitán se decidió a establecer allí a todos nuestros fueguinos, y a Matthews el misionero. Se pasaron cinco días en construirles tres grandes *wigwams*, en desembarcar su bagaje y en laborar dos huertos y sembrarlos. Al día siguiente de nuestra llegada, el 24, los fueguinos se presentaron en masa; la madre y los hermanos de Jemmy llegaron también, y éste reconoció a una distancia prodigiosa la voz estentórea de uno de sus hermanos. Su primera entrevista fué menos interesante que la de un caballo con uno de sus antiguos compañeros, al que encuentra en un prado. No se vió demostración alguna de afecto; se contentaron con mirarse bien a la cara durante algún tiempo, y la madre regresó inmediatamente a su canoa, para ver si faltaba algo en ella. York nos dice, sin embargo, que la madre de Jemmy se había mostrado inconsolable por la pérdida de su hijo y que lo había buscado por todas partes, pensando que podría haber sido desembarcado después de conducido al barco. Las mujeres se ocuparon mucho de Fuegia y tuvieron para ella toda clase de bondades. Ya nos habíamos dado cuenta de que Jemmy había casi olvidado su lengua materna, y creo que debía de hallarse grandemente apurado en cualquier circunstancia, porque sabía muy poco inglés. Era risible, aunque no reíamos sin un sentimiento de piedad, oírle dirigir la palabra en inglés a su hermano salvaje y después preguntarle en español: "¿no sabes?"

Todo estuvo tranquilo durante los tres días siguientes, mientras se preparó el huerto y se construyeron los *wigwams*. Se habían reunido en aquel lugar alrededor de ciento veinte indígenas. Las mujeres trabajaban con ardor, en tanto que los hombres vagabundeaban todo el día sin cesar de vigilarnos. Pedían todo lo que veían y robaban todo lo que podían. Nuestros bailes y nuestros cantos les divertían mucho, pero lo que más les interesaba era ver cómo nos lavábamos en el arroyo cercano. Lo demás les interesaba poco, incluso nuestros botes. De todo lo que York había visto durante su ausencia, nada parecía haberle causado más asombro que un avestruz que vió cerca de Maldonado; jadeando, tan grande era su asombro, regresó corriendo junto a Mr. Bynoe, con el cual se paseaba, y le dijo: "¡Oh!, ¡mister Bynoe!, ¡oh!, ¡pájaro parece caballo!" La blancura de nuestra piel sorprendía sin duda mucho a los

indígenas, y sin embargo, a creer los relatos de Mr. Low, el cocinero negro de un barco de pesca les causó una sorpresa mucho mayor aún; se movían tanto en torno al pobre muchacho, que no pudieron decidirle después a que volviera de nuevo a tierra.

Todo marchaba tan bien, que yo no vacilé en dar, en compañía de algunos oficiales, largos paseos por las colinas y bosques de los alrededores. El 27, sin embargo, todas las mujeres y todos los niños desaparecieron súbitamente. Esa desaparición nos inquietó, tanto más cuanto que ni York ni Jemmy pudieron decirnos la causa de ella. Unos pensaban que la víspera, por la tarde, habíamos asustado a los salvajes al limpiar y descargar nuestros fusiles; otros eran de opinión que todo provenía de que un viejo salvaje se había creído insultado sin duda porque un centinela le prohibió el paso; verdad es que el salvaje había escupido tranquilamente a la cara al centinela, y después le había demostrado por medio de gestos que efectuó sobre de uno de sus camaradas, dormidos, que le gustaría mucho cortarle la cabeza y comérselo. Para evitar el riesgo de una batalla que no hubiera dejado de ser fatal para muchos salvajes, el capitán Fitz-Roy creyó que lo mejor sería ir a pasar la noche a un ansa vecina. Matthews, con su valor tranquilo, seguro de sí mismo, lo que era tanto más notable cuanto que no daba apariencia de tener un carácter en exceso enérgico, resolvió quedarse con nuestros fueguinos, que decían no sentir temor alguno por sí. Los dejamos solos para pasar aquella noche.

Al siguiente día, 28, a nuestro regreso, vemos que, afortunadamente, no ha dejado de reinar allí la tranquilidad más perfecta; al llegar nosotros, los salvajes, tripulando sus canoas, se ocupaban en pescar. El capitán Fitz-Roy decide entonces que regresen al navío la yola y una de las balleneras y dedicarse a explorar, con las otras dos lanchas, las partes occidentales del canal de Beagle; a la vez se propone visitar a su regreso la pequeña colonia que acaba de fundar. Toma, pues, bajo su mando directo uno de los botes, en el que tiene a bien permitirme que le acompañe, y confía el mando del otro a Mr. Hammond.

Se emprende, pues, la marcha, y con gran sorpresa por nuestra parte, reina excesivo calor, tanto, que nos hace sufrir; con aquel tiempo admirable, la vista que nos ofrece el canal es verdaderamente magnífica. Delante y detrás de nosotros vemos una bella sabana de agua encajonada por las montañas hasta confundirse con el horizonte. La presencia de mu-

chas y enormes ballenas ⁽¹⁾, que proyectaban el agua en todas direcciones, probaba hasta la evidencia que nos encontrábamos en un brazo de mar. Tuve ocasión de ver dos de esos monstruos, probablemente un macho y una hembra, jugando a la distancia de un tiro de piedra de la costa, recubierta de árboles cuyas colgantes ramas se bañaban en el agua.

Continuamos navegando hasta la noche, y después alzamos nuestras tiendas en una caleta muy tranquila. Cuando podíamos encontrar un lecho de guijarros donde extender nuestras mantas, nos considerábamos muy dichosos, pues los guijarros son secos y su conjunto toma la forma del cuerpo. Los terrenos turbosos son húmedos, la roca es rugosa y dura y la arena se mezcla a todos los alimentos; pero cuando se puede uno envolver bien en mantas sobre un lecho de guijarros, se pasa una noche agradable.

Estuve de guardia hasta la una. En esas escenas hay algo de solemne. En ningún otro instante se comprende tan bien en qué alejado rincón del mundo se encuentra uno. Todo tiende a producir tal efecto; tan sólo los ronquidos de los marineros en sus tiendas o, algunas veces, el grito de un ave nocturna, interrumpe el silencio de la noche. También algunas veces el ladrido de un perro, que se oye a gran distancia, recuerda que nos encontramos en un país habitado por salvajes.

12. - *Bifurcación del canal de Beagle.*

Glaciares (29 de enero)

Llegamos durante la mañana al punto en que el canal de Beagle se divide en dos brazos, y penetramos en el brazo septentrional. El país se hace aún más imponente que lo era antes. Las altas montañas que lo bordean al Norte constituyen el eje granítico o la espina dorsal del país; se elevan a una altitud de 3.000 a 4.000 pies y uno de los picos alcanza hasta los 6.000 pies. Una capa de nieve eternas, deslumbrantes de blancura, recubre la cima de esas montañas, y numerosas cascadas, que resplandecen a través de los bosques, vienen a verter sus aguas en el canal. En muchos lugares, magníficos glaciares se extienden por el flanco de la montaña hasta el mismo borde del agua. Es imposible imaginar nada de más bello

(1) Un día, a lo largo de la costa oriental de Tierra del Fuego, nos fué dado asistir a un magnífico espectáculo. Muchas ballenas enormes saltaban en absoluto fuera del agua, a excepción, sin embargo, de su cola. Al caer de costado, hacían ascender el agua a gran altura y el ruido parecía la andanada de un buque de guerra.

que el admirable color azul de esos glaciares, sobre todo a causa del sorprendente contraste que existe entre ellos y el blanco mate de la nieve que los domina. Los fragmentos que se desprenden constantemente de esos glaciares flotan por todas partes, y el canal con sus montañas de hielo se parece, en el espacio de una milla, a un mar polar en miniatura. Para comer tranquilamente, habíamos varado los botes en la costa, y no cesábamos de admirar un acantilado perpendicular, de hielo, situado a cosa de media milla delante de nosotros, mientras deseábamos ver desprenderse de allí algunos fragmentos. De pronto, una masa se desprendió con un ruido terrible y vimos inmediatamente una ola enorme que se dirigía hacia nosotros. Los marineros se abalanzaron hacia las embarcaciones, porque era evidente que corrían gran riesgo de ser hechas pedazos. Uno de nuestros hombres pudo asir la proa de los botes en el preciso momento en que la ola rompía sobre éstos; el marino fué derribado y arrastrado por la ola, pero no quedó herido, y los botes chocaron tres veces, pero sin experimentar avería alguna. Fué una suerte para nosotros, porque nos encontrábamos a 100 millas (161 kilómetros) del *Beagle*, y hubiéramos quedado sin provisiones ni armas de fuego. Yo había observado anteriormente que algunos grandes fragmentos de rocas habían sido desplazados recientemente, pero no pude explicarme tal desplazamiento hasta después de haber visto esa ola. Uno de los lados de la caleta en donde nos encontrábamos se hallaba formado por un espolón de micasquisto; el fondo por un acantilado de hielo que tenía unos 40 pies de altitud; y el otro lado por un promontorio de 50 pies de alto, promontorio compuesto de inmensos fragmentos rodados de granito y de micasquisto, sobre el cual crecían viejos árboles. Ese promontorio era evidentemente una morrena ⁽¹⁾ amontonada en época en que el glaciar tenía dimensiones más considerables.

Llegados a la desembocadura occidental del brazo septentrional del canal de *Beagle*, hubimos de navegar con un tiempo horrible en medio de muchas islas desconocidas y desiertas todas ellas; no encontramos, en efecto, ningún indígena. La costa es casi por todas partes tan escarpada que nos es preciso recorrer muchas millas antes de encontrar un espacio lo bastante grande para levantar nuestras dos tiendas; hasta hemos de pasar la noche sobre un bloque de roca rodeada de plantas marinas en putrefacción; y al subir la marea, nos vemos obligados a trasladar nuestras mantas a un lugar más

(1) Piedras acarreadas por un glaciar. — N. del T.

elevado, porque el agua nos alcanza. El punto extremo de nuestro viaje hacia el Oeste es la isla de Stewart, y entonces nos encontramos a unas 150 millas (240 kilómetros) del *Beagle*. Para regresar seguimos el brazo meridional del canal y llegamos sin accidente al estrecho de Ponsonby.

13. - *Regresamos al "Beagle", contorneando
con nuestras balleneras, la costa meridional
(6 de febrero)*

Llegamos a Woollya. Mattheews se queja tan vivamente de la conducta de los fueguinos, que el capitán Fitz-Roy decide que regrese con nosotros a bordo del *Beagle*; más tarde le dejamos en Nueva Zelanda, donde su hermano era misionero. Así que partimos, los indígenas empezaron a despojarle de todo cuanto poseía, llegando de continuo nuevas bandas de fueguinos. York y Jemmy habían perdido muchas cosas y Matthews casi todo lo que no había tenido la precaución de enterrar. Al parecer, los indígenas habían roto o desgarrado todo aquello de que se apoderaron, repartiéndose los pedazos. Mattheews estaba jadeante de fatiga; noche y día, los indígenas le rodeaban para impedirle dormir, haciendo un ruido incesante en torno a su cabeza. Un día, ordenó a un anciano que abandonara su vigilancia; pero éste volvió en seguida con una enorme piedra en la mano. Otro día, una banda entera acudió armada de piedras y de bastones, y Mattheews se vió obligado a apaciguarles a fuerza de regalos. Otros, por fin, quisieron despojarle de sus vestidos y depilarle por completo. Creo que llegamos con el tiempo justo para salvarle la vida. Los parientes de Jemmy habían sido lo bastante vanos y locos para enseñar a los extraños todo lo que habían adquirido y para decirles de qué modo lo lograron. Era bien triste tener que dejar a nuestros fueguinos en medio de sus salvajes compatriotas; pero ellos no experimentaban ningún temor, y este pensamiento era para nosotros un gran consuelo. York, hombre fuerte y resuelto, estaba casi seguro de salir sano y salvo, así como su mujer Fuegia, de las asechanzas que pudieran prepararle. El pobre Jemmy parecía desolado y creo que se hubiera juzgado muy dichoso en aquel entonces de volverse con nosotros. Su hermano le había robado muchas cosas, y él se burlaba de sus compatriotas empleando sus propias palabras: "¿Cómo llamas a esto?" "No saben nada", decía, y contrariamente a su costumbre hasta entonces, los trataba de abominables pillastres. Aunque no habían pasado sino tres años entre hombres civilizados, nuestros tres fueguinos hubieran sido dichosos, no

lo dudo, pudiendo conservar sus nuevas costumbres; pero esto era imposible. Hasta creo que su visita a Europa no les haya sido útil.

Al atardecer nos hacemos a la vela para regresar al *Beagle*; pero esta vez no por el canal, sino contorneando la costa meridional. Nuestras embarcaciones iban muy cargadas y la mar estaba muy movida, así es que el viaje no dejó de ofrecer algunos peligros. El 7 por la noche volvíamos a subir a bordo de nuestro navío, después de una ausencia de veinte días, y durante ese tiempo habíamos recorrido 300 millas (480 kilómetros) en barcos descubiertos. El 11, el capitán Fitz-Roy volvió a visitar a nuestros fueguinos; los encontró bien, no habiendo perdido sino unos pocos artículos desde nuestra última visita.

14. - Segunda visita del "Beagle" a la colonia que habíamos fundado. El último adiós a nuestros amigos fueguinos (febrero de 1834)

A fines de febrero del año siguiente (1834), el *Beagle* ancló en una encantadora y pequeña bahía a la entrada oriental del canal de Beagle. El capitán Fitz-Foy trató de evitar un gran rodeo haciendo pasar su buque por la misma ruta que habían seguido las lanchas el año anterior para dirigirse a Woollya. Era una maniobra atrevida, dados los vientos del Oeste que soplaban entonces, pero fué coronada por el éxito. No vimos muchos indígenas hasta los alrededores del estrecho de Ponsonby; pero ya allí, diez o doce canoas nos siguieron. Los fueguinos no comprendían en modo alguno por qué corríamos bordadas, y en vez de salirnos al encuentro a cada bordada, trataban en vano de seguir nuestros zigzags. No dejé de observar con cierto interés que la certeza de no tener nada que temer de los salvajes modifica singularmente la opinión que se tiene de ellos. El año anterior, cuando no disponíamos más que de nuestras ligeras embarcaciones, yo llegué a odiar hasta el sonido de su voz, tanto era lo que nos molestaban. La única palabra que entonces oíamos era *yammerschooner*. Entrábamos en cualquier oculta bahía donde esperábamos pasar una noche tranquila, y de pronto esa odiosa palabra resonaba en nuestros oídos procedente de algún oscuro rincón que no habíamos visto; después se elevaba al cielo una hoguera como señal para extender a lo lejos la noticia de nuestro paso. Al dejar cada sitio, nos felicitábamos mutuamente diciéndonos: "¡Gracias al Cielo, hemos dejado atrás al fin a

esos salvajes!" Pero un grito penetrante, que provenía de una distancia prodigiosa, llegaba inesperadamente hasta nosotros, grito en el que podíamos distinguir con claridad el odioso *yammerschooner*. Hoy, al contrario, cuantos más fueguinos había, más se divertía uno. Hombres civilizados y salvajes reían; todo el mundo se miraba, se asombraba. Los compadecíamos porque nos daban buenos peces y excelentes cangrejos a cambio de tejidos, etc., y ellos se aprovechaban de la ocasión, tan rara, que les procuraban personas lo bastante locas para trocar tan espléndidos adornos por una buena cena. La sonrisa de satisfacción con que una joven con la cara pintada de negro aseguraba con juncos en torno a su cabeza muchos pedazos de tela escarlata, no dejaba de divertirnos en gran manera. Su marido, que gozaba del privilegio, universal en aquel país, de tener dos mujeres, se sintió por lo visto celoso de nuestras atenciones por la más joven, y por eso seguramente, después de una corta conferencia con sus desnudas beldades, les dió orden de remar con fuerza para alejarse de nosotros.

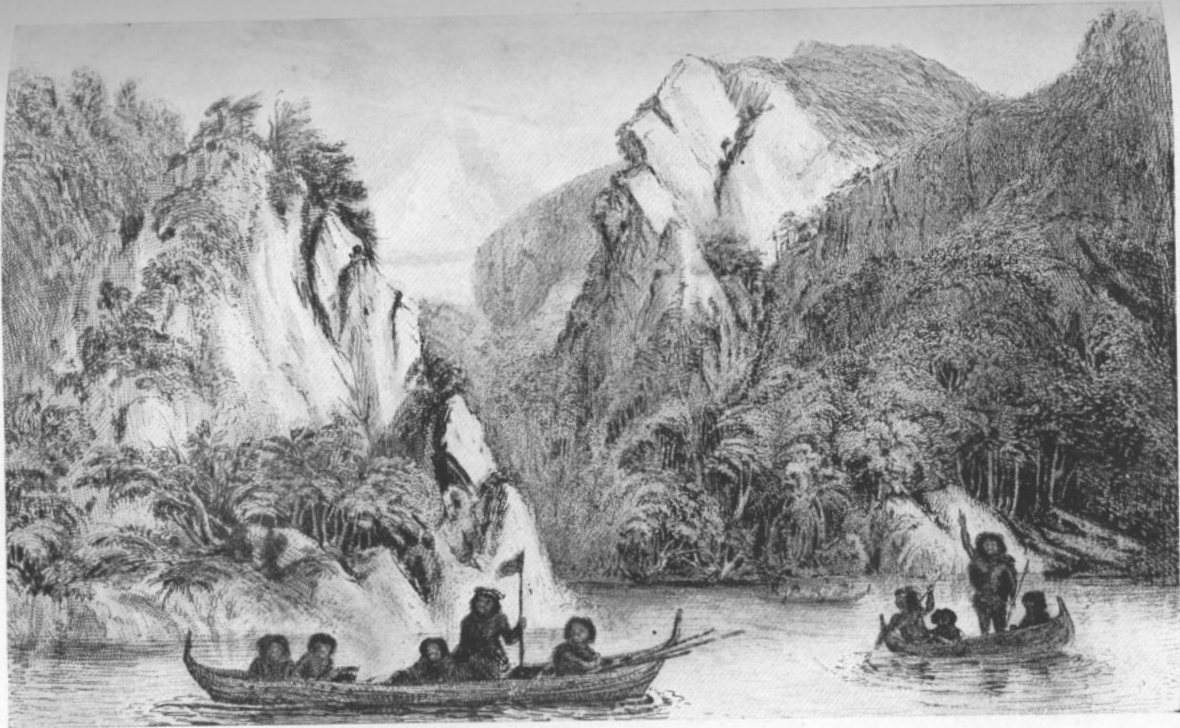
La mayor parte de los fueguinos tienen ciertamente nociones de cambio, pues le di a un hombre un gran clavo, presente de mucha importancia en aquel país, sin pedirle nada en cambio, y él eligió inmediatamente dos pescados que me entregó con el extremo de su lanza. Si un regalo destinado a una canoa caía junto a otra, era entregado inmediatamente a su legítimo poseedor. El joven fueguino que Mr. Low tenía a bordo se encolerizaba violentamente cuando se le llamaba embustero, lo cual prueba que comprendía perfectamente el reproche que se le hacía. Esta vez, como en otras ocasiones, experimentamos una gran sorpresa al ver que los salvajes prestaban poca o ninguna atención a cosas de las que debían comprender la utilidad. Las cosas y circunstancias más sencillas, tales como la belleza de la tela escarlata o la de los abalorios azules, la ausencia de mujeres entre nosotros, el cuidado que poníamos en lavarnos, excitaban su admiración mucho más que un objeto grande o complicado, nuestro navío por ejemplo. Bougainville ha señalado perfectamente, a propósito de estos pueblos, que tratan "las obras maestras de la industria humana, como tratan las leyes y fenómenos de la Naturaleza".

El 5 de marzo anclamos en la bahía de Woollya, pero no vemos a nadie. Esto nos alarma tanto más cuanto que creemos comprender, por los gestos de los indígenas del estrecho de Ponsonby, que ha habido una batalla; más tarde supimos que, en efecto, los *oens* habían efectuado una incursión. Bien pronto, empero, una pequeña canoa que ostenta una pequeña bande-

rita en la proa se aproxima a nosotros y vemos que uno de los hombres que la tripulan se lava el rostro con mucha agua para quitar de él toda traza de pintura. Ese hombre es nuestro pobre Jemmy, hoy día un salvaje flaco, huraño, con los cabellos en desorden y desnudo por completo, excepto un trozo de manta colocado alrededor de la cintura. No lo reconocemos hasta que se halla muy cerca de nosotros, porque está muy avergonzado y vuelve la espalda al navío. Lo habíamos dejado grueso, limpio, bien vestido; jamás he visto cambio tan completo y tan triste. Pero, así que fué vestido de nuevo, desde que su primera turbación ha desaparecido, vuelve a ser el que era. Come con el capitán Fitz-Roy y lo hace tan pulcramente como en otros tiempos. Nos dice que tiene *demasiada* comida (quería decir *suficiente*), que el frío no le hace sufrir, que sus parientes son excelentes personas y que no desea volver a Inglaterra. Durante la velada descubrimos la causa de este gran cambio en las ideas de Jemmy: su joven y linda mujer llega al barco. Siempre agradecido, Jemmy había traído consigo dos magníficas pieles de nutria para sus mejores amigos y puntas de lanza, así como puntas de flecha hechas por él mismo, para el capitán. Nos dice que ha construido él mismo su canoa ¡y se envanece de poder hablar ya un poco su lengua materna! En cambio, hecho muy extraño, parece haber enseñado algunas palabras de inglés a su tribu. Jemmy había perdido todo cuanto le habíamos dejado. Nos refirió que York Minster había construido una gran canoa y que, acompañado de su mujer Fuegia ⁽¹⁾, había regresado hacía muchos meses a su país. Había hecho víctima a Jemmy de una gran traición: le persuadió, así como a su madre, de que fueran con él a su país y después, una noche, lo abandonó quitándole todo cuanto poseía.

Jemmy fué a dormir a tierra, pero volvió a la mañana siguiente y permaneció a bordo hasta el preciso momento de hacerse a la vela el navío, lo que aterrorizó a su mujer, que no cesó de gritar hasta que le vió de nuevo en su canoa. Iba cargado de una multitud de objetos de gran valor para él. Todos nosotros experimentamos algún pesar al considerar que le estrechábamos la mano por última vez y no dudo que ac-

(1) El capitán Sullivan, que después de su viaje en el *Beagle*, vivió en las islas Falkland, supo por un ballenero en 1842 (?) que, en la parte occidental del estrecho de Magallanes, quedó asombrado al recibir a bordo la visita de una mujer indígena que hablaba algo de inglés. Era sin duda Fuegia Basket. Pasó esa mujer muchos días a bordo, llevando, según creo, una vida bastante disoluta.



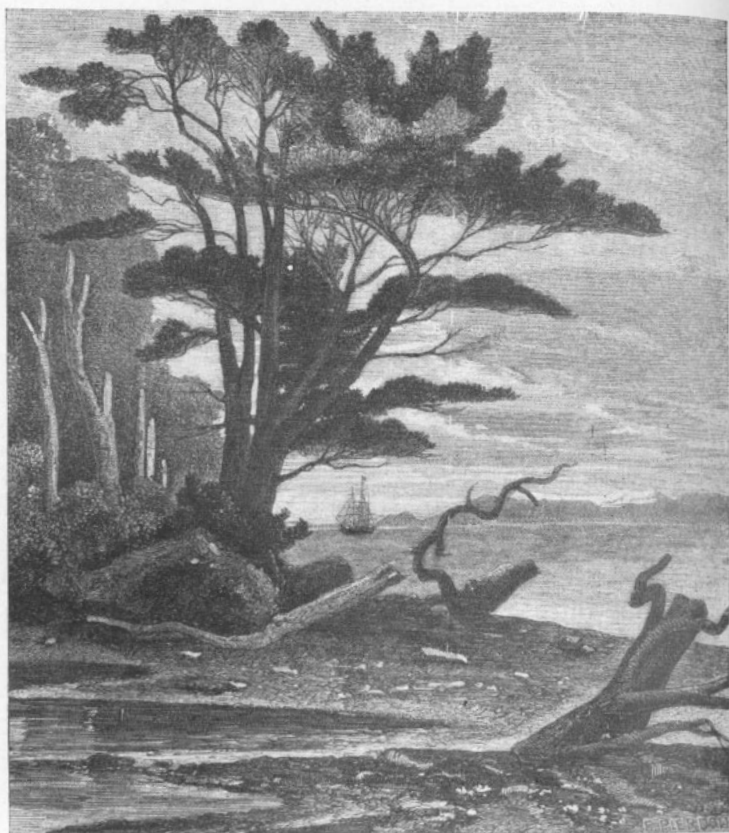
57. — Isla Button, cerca de Woollya, (pág. 277). (Dibujo del natural por C. Martens del "Beagle").



58. — Tierra del Fuego. El Monte Sarmiento visto desde el cabo Froward. (pág. 285).
(Dibujo de E. de Berard según King y Fitz Roy).



59.— Tierra del Fuego. Los picos del estrecho del Almirantazgo, (pág. 285).
(Dibujo de E. de Berard según King y Fitz Roy).



60. — Vista de Puerto del Hambre. (pág. 283). (*Dibujo de F. de Berard, en Le Tour du Monde*).

tualmente será tan dichoso, o quizá más, que si no hubiera dejado nunca su país. Cada cual debe desear que la noble esperanza del capitán Fitz-Roy se realice y que en agradecimiento a los numerosos sacrificios que él hizo por esos fueguinos, algún marinero náufrago reciba ayuda y protección de los descendientes de Jemmy Button y de su tribu. Así que éste llegó a tierra, encendió una hoguera en señal de último adiós, mientras que nuestro navío proseguía su ruta hacia alta mar.

15. - *Perfecta igualdad entre los fueguinos.
Comparación de éstos con las dos razas insulares de los mares del sur*

La perfecta igualdad que reina entre los individuos que componen las tribus fueguinas retardarán durante algún tiempo su civilización. En las razas humanas ocurre como en los animales, a quienes su instinto les impulsa a vivir en sociedad; están más adecuados al progreso cuando obedecen a un jefe. Sea esto una causa o un efecto, los pueblos más civilizados tienen siempre el gobierno más artificial. Los habitantes de Tahití, por ejemplo, estaban gobernados por reyes hereditarios en la época de su descubrimiento y habían alcanzado un más alto grado de civilización que otra rama del mismo pueblo, los neozelandeses, que aunque habían hecho grandes progresos por haberse visto obligados a ocuparse en la agricultura, eran republicanos en el sentido más absoluto del término. Parece imposible que el estado político de Tierra del Fuego pueda mejorar en tanto que no surja un jefe cualquiera provisto de un poder suficiente para asegurar la posesión de los progresos adquiridos, el dominio de los animales, por ejemplo. Actualmente, si se le da a uno de ellos una pieza de tela, la desgarran en pedazos y cada cual tiene su parte; nadie puede ser más rico que su vecino. Por otro lado, es difícil que surja un jefe en tanto que todos esos pueblos no hayan adquirido la idea de propiedad, idea que les permitirá manifestar su superioridad y acrecentar su poder.

Creo que el hombre, en esta parte extrema de la América del Sur, está más degradado que en cualquier otra parte del mundo. Comparadas con los fueguinos, las dos razas de insulares del mar del Sur que habitan en el Pacífico son civilizadas. El esquimal, en su choza subterránea, disfruta de alguna de las comodidades de la vida, y cuando está en su canoa, da muestras de gran habilidad. Algunas de las tribus de África

meridional que se alimentan de raíces y que viven en medio de llanuras áridas y salvajes, son, sin duda, muy miserables. El australiano se aproxima al fueguino por la sencillez de las artes de la vida; puede sin embargo envanecerse de su bumerang, de su lanza, de su bastón arrojadizo, de su manera de subirse a los árboles, de las astucias que emplea para cazar a los animales salvajes. Pero aunque el australiano sea superior al fueguino en relación con el progreso adquirido, no debe deducirse en modo alguno que le sea superior en capacidad mental. Creería yo, al revés, según lo que he visto de los fueguinos a bordo del *Beagle* y de lo que he leído acerca de los australianos, que lo contrario se aproxima más a la verdad.